

Luise Berg-Ehlers

INOLVIDABLES

Grandes autoras que escriben para los pequeños

Traducción:

ROSA PILAR BLANCO



MAEVA





Introducción

CAPÍTULO 1

Sobre las niñas pequeñas y mayores

LOUISA MAY ALCOTT · Mujercitas **16**

JEAN WEBSTER · Papaíto Piernas Largas **20**

ELSE URY · La benjamina **24**

JOHANNA SPYRI · Heidi **30**

ELENA FORTÚN · Celia **36**

CAPÍTULO 2

Pequeños adultos

FRANCES HODGSON BURNETT · El pequeño Lord **44**

LUCY MAUD MONTGOMERY · Ana de las Tejas Verdes **48**

ASTRID LINDGREN · Pippi Calzaslargas **52**

JUDITH KERR · Cuando Hitler robó el conejo rosa **58**

CHRISTINE NÖSTLINGER · Me importa un comino el rey Pepino **62**

ANA MARÍA MATUTE · Paulina, el mundo y las estrellas **66**

CARME SOLÉ VENDRELL · La luna de Juan **70**

CAPÍTULO 3

Aventuras extraordinarias

EDITH NESBIT · Los buscadores de tesoros **76**

SELMA LAGERLÖF · El maravilloso viaje de Nils Holgersson **80**

ERIKA MANN · Stoffel vuela sobre el mar **86**

ENYD BLYTON · Los Cinco **90**

JOAN DELANO AIKEN · Los lobos de Willoughby Chase **96**

ÍNDICE

ANA MARÍA MACHADO · Historia medio al revés **100**

MARÍA TERESA ANDRUETTO · Stefano **104**

CAPÍTULO 4

Mundos Fantásticos

PAMELA LYNDON TRAVERS · Mary Poppins **110**

ELIZABETH GOUDGE · El pequeño caballo blanco **114**

URSULA KROEBER LE GUIN · Un mago de Terramar **120**

J.K. ROWLING · Harry Potter **124**

CORNELIA FUNKE · El jinete del dragón **130**

GLORIA FUERTES · Canciones para niños **134**

MARÍA ELENA WALSH · Tutú Marambá **140**

CAPÍTULO 5

Bestias y otros seres queridos

ANNA SEWELL · Belleza negra **148**

BEATRIX POTTER · El cuento de Perico, el conejo travieso **152**

TOVE JANSSON · Los Mumin **158**

LYGIA BOJUNGA · Los compañeros **164**

Epílogo

Fuentes bibliográficas

Bibliografía

Agradecimientos





Introducción

«-No quiero hacerme mayor nunca
-dijo Tommy con decisión.
-Pues claro, eso ni se discute -repuso Pippi-.
Los mayores nunca se divierten.
No tienen más que un montón de trabajos
aburridos y ropas ridículas y callos
y compuestos municipales.
-Se dice impuestos municipales -precisó Annika.
-Da igual, sigue siendo un disparate.»

ASTRID LINDGREN, *PIPI EN EL PAÍS DE TAKA-TUKA*



Pippi Calzaslargas y sus amigos tienen y no tienen razón al mismo tiempo: la tienen porque ser adulto puede deparar cosas aún más desagradables que los callos y el pago de impuestos, y no la tienen porque los adultos también disponen de la posibilidad de regresar al país de la infancia.

Por un lado, el país de la infancia, al igual que los paisajes de la juventud, está muy alejado del adulto y -en apariencia- es

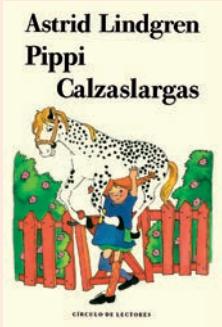
inaccesible, pues fue abandonado tiempo atrás; por otro, genera una clase de nostalgia a la que a uno le gustaría regresar a veces si fuera posible. Existe una posibilidad de regreso, que requiere de la fantasía y exige olvidarse a corto plazo del presente: es el recuerdo de anteriores satisfacciones y experiencias lectoras. Esto, más que una prolongación de la infancia o una huida al pasado, es el recuerdo de lo que fue y merecería seguir siendo.

Aunque hoy la lectura acaso ya no tenga para los niños la importancia que tenía hace cincuenta años, permanece vivo el recuerdo del primer libro que te leíste, de lo que te leían en voz alta por la noche antes de dormirte, por la mañana como enseñanza y por la tarde como distracción. A veces, cuando el texto se leía en voz alta, podías ir recitándolo al mismo tiempo, cuántas veces lo habías escuchado y cuántas te habría gustado escucharlo de nuevo. Acaso se considere a Goethe y Schiller los clásicos más dignos de respeto, pero en la conciencia de muchas personas la literatura «clásica», por su perdurabilidad, es aquella con la que crecieron, la que les reconfortó, divirtió o emocionó en la infancia y en la juventud les permitió viajar a otros mundos cuando el propio presente se tornaba insoportable.

Las cosas más hermosas que se hacían con gusto en la infancia eran las prohibidas, pues debían de ser algo extraordinario, o no estarían prohibidas. Una de ellas era la lectura nocturna debajo de la manta, con las orejas coloradas y el corazón palpitante. Y la idea de que en la oscuridad sería suficiente la luz de la linterna de bolsillo oculta bajo un grueso edredón se revelaba equivocada en cuanto padres insensibles, pero cuidadosos, te recordaban que la noche es para dormir y no para leer.

¿Existe algo más emocionante y divertido que regresar al país que hace mucho tiempo hubo que abandonar por hacerse mayor? ¿Hay algo más melancólico que saber que solo se puede regresar al país abandonado por medio de la lectura de aquellos libros que crearon dicho país? El —recordado— país de la infancia, que vacila antes de desaparecer, como afirma Rilke, está habitado por numerosas





criaturas singulares, llámense Pippi Calzaslargas, Heidi, Nesthäkchen o Perico, el conejo, el pequeño Lord, los Cinco o los Mumin.

A la enumeración de estos personajes literarios hay que añadir un hecho importante: ¡todos fueron creados por escritoras! Un científico inglés ha constatado, como resultado de sus investigaciones, que las niñas leen más que los niños y que hay más autoras infantiles que autores, aunque en una mirada retrospectiva es preciso establecer ciertas diferencias. Hace unos cien años en el ámbito literario regía una regla casi incuestionada: los hombres escriben para los niños y los hombres, las mujeres para las niñas y las mujeres. A finales del siglo xx, la autora Joanne R. aún experimentó la realidad de esta regla cuando la editorial le sugirió que redujese su nombre a iniciales, pues de no ser así los chicos apenas leerían sus libros. Sin embargo, no es probable que las ediciones de millones de ejemplares de J. K. Rowling deban algo a los nombres abreviados.



Hasta muy entrado el siglo xix, escribir y educar era la única tarea que podían desempeñar las mujeres sin perder consideración social. Por ello, no es de extrañar que, sobre todo las autoras, que eran al mismo tiempo maestras o institutrices, escribieran libros para niñas pequeñas y lectoras jóvenes. Y era inevitable que esperasen de ellas obras que prepararan a las jóvenes para su futuro papel como esposas, amas de casa y madres. Salvo en el caso de escritoras como Jane Austen, las hermanas Brontë o George Eliot, que escribieron novelas costumbristas, a menudo la escritura y la educación coincidían, y el resultado era la denominada literatura edificante, escritos moralizadores con afán pedagógico. Es cierto que, a finales del siglo xviii y principios del xix, estos escritos también salieron en no pocas ocasiones de la pluma de escritores, quienes, a diferencia de las escritoras mujeres, solo podían ofrecer al público femenino joven asuntos edificantes. La tarea de los escritores era crear una literatura educativa y formativa para los chicos que preparase a los futuros súbditos, a los futuros soldados, para servir al rey, al káiser y a la patria.



A finales del siglo xix, el pedagogo hamburgués Heinrich Wolgast, manifestándose claramente a favor de la emancipación de las mujeres, criticó a las «escritoras de novelas juveniles».

Atacó, con razón, esa literatura almibarada que plasmaba a niñas y a chicas jóvenes como seres encantadores, ingenuos, parecidos a muñecas, que solo existen dentro del hogar y no en el mundo y que, sin hombres que las mimen y tutelen con amor, están casi indefensas. Este veredicto satisfizo más a las feministas que a las pedagogas con experiencia psicológica, porque una afirmación tan tajante no hace justicia ni a las escritoras ni a sus jóvenes y entusiastas lectoras de aquella época. El propio Wolgast debía de haber leído muy pocos libros para niñas, y desde luego ninguno inglés o norteamericano, porque sus autoras escribían ya para la «nueva niña», para la «nueva mujer». No fue el único que ignoró que las autoras comenzaban a escribir cada vez más para los chicos, que las aventuras en países lejanos ya no eran exclusivas de Karl May.

Si contemplamos en conjunto la literatura infantil y juvenil de los últimos ciento cincuenta años escrita por mujeres, se pone de manifiesto la notable participación que tuvieron y tienen las autoras en la evolución de los chicos y chicas jóvenes hasta que se convierten en personas adultas, independientes, seguras de sí mismas, que sondan el mundo de manera creativa. Pero también se hace evidente cuántas diferencias existen entre las escritoras alemanas, escandinavas y anglosajonas a la hora de describir a los niños y los jóvenes y su mundo, y en cada caso abordan con diferentes propósitos ese género literario específico. Es muy interesante la lectura de aquellas obras creadas por autoras que son al mismo tiempo ilustradoras: Beatrix Potter, Tove Jansson, Judith Kerr, Christine Nöstlinger o Cornelia Funke. Leer sus libros no solo conduce al lector consciente a un país infantil, sino a varios «países infantiles», en cierto modo internacionales, y esta es una nueva experiencia en la que los adultos aventajan después a los niños que fueron. Si Pippi Calzaslargas y sus amigos leyeran más libros de Astrid Lindgren, quizá perderían el miedo a los callos y a hacerse mayores.



Sobre las niñas pequeñas y mayores

«A los 14 años y 7 semanas sale
del huevo la pollita,
a los 17 y 3 semanas
acaba la adolescencia.»

DICHO POPULAR

Unos versos curiosos que citaban con orgullo las chicas en el siglo xix y hasta ya entrado el siglo xx para celebrar su lento desarrollo hasta la edad adulta. *Backfisch** tuvo numerosas definiciones –desde una reducción del término estudiantil *baccalaureus* hasta el uso culinario de rebozar pescaditos en una masa para freírlos–, pero en realidad ninguna es tan atractiva como para que una chica joven deseara autodenominarse así. ¿O es que una crujiente masa a la cerveza rellena, en cierto modo *fish sin chips*, podía competir con la visión de las jóvenes en flor?

Y, sin embargo, generaciones de jovencitas, sobre todo en Alemania, se creían una especie de pollitas dotadas de una nueva dignidad, y numerosos libros de literatura juvenil para niñas se interesaron *expressis verbis* por esa categoría –¡por distintas razones, pero casi siempre con un éxito enorme!–. En la Alemania del siglo xix este éxito favoreció casi exclusivamente a las autoras que, por una parte, conocían a fondo por experiencia propia las complejidades de la pubertad en la vida de las chicas jóvenes, aunque por otra conocían las exigencias que debía atender una mujer joven en la vida social de la época imperial y que debía prepararse para su cumplimiento. Por eso esta literatura para chicas de catorce a diecisiete años era un género especial que englobaba distintas intenciones: entretenimiento, instrucción, consuelo espiritual, diversión y una especie de «tratado de urbanidad para jovencitas» sobre el comportamiento en bailes y otras diversiones, lo que no excluía alusiones decentes a la excitabilidad erótica en realidad prohibida.

* Significa literalmente «pescado para hornear» y alude a las jóvenes adolescentes que descubren su condición de mujer. (*N. de la T.*)

LOUISA MAY ALCOTT MUJERCITAS

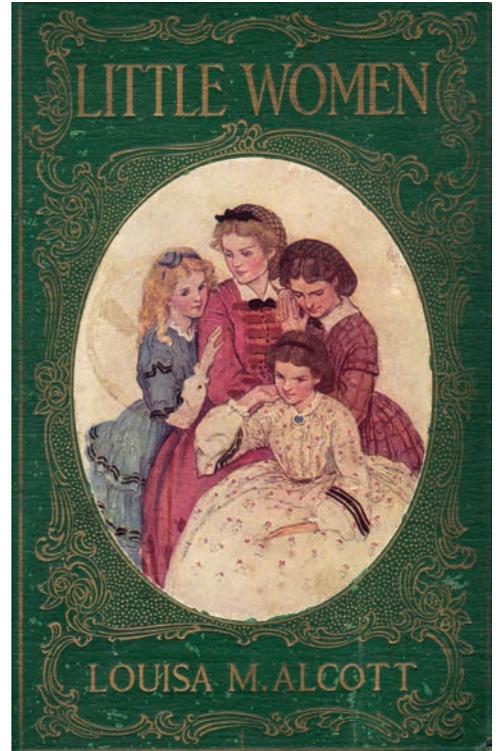


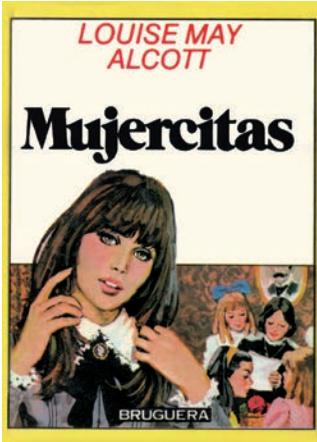
Louisa May
Alcott

1832 - 1888

Mientras que en Alemania las heroínas de los libros para jovencitas añoraban el matrimonio, los hijos y la cocina, sus coetáneas (literarias) en Norteamérica estaban más adelantadas, pues proyectaban tomar en sus manos las riendas de su destino, ejercer una profesión y llevar en la medida de lo posible una vida auto responsable. La que mejor lo logró, tanto en el ámbito literario como en el real, fue **Louisa May Alcott** (1832-1888), que de cierto modo vivió lo que sus colegas en Europa apenas describían en sus libros. Se comprometió contra la esclavitud y a favor de los derechos de las mujeres, se inscribió en censos electorales aunque no podía votar, no se casó y defendió su derecho a una existencia autónoma. Es verdad que envidiaba a sus hermanas por sus hijos –para ella, al igual que para Jane Austen, «sus hijos eran sus libros», y estos se vendían–. En un artículo breve, se refirió a las numerosas mujeres infelizmente casadas que por miedo a convertirse en solteras habían contraído matrimonio con excesiva rapidez y descubrieron demasiado tarde que el hecho de que las llamasen «señora» no compensaba la pérdida de libertad y de autoestima. Antes que Virginia Woolf, Louisa May Alcott se dio cuenta de lo importante que es una habitación propia; como es lógico, todo esto fue posible gracias al éxito de su primer libro para jóvenes.

Mujercitas (1868), la obra más famosa de Alcott, se convirtió en un clásico de la literatura juvenil americana y pronto también de la internacional. Aunque el título inglés, *Little Women*, parece inocente, las «pequeñas mujeres» no son «pequeñas», sino hijas seguras de sí mismas y enérgicas que, en ausencia del padre, velan por la familia y muestran al mundo de lo que son capaces las mujeres, y que sin embargo –con una excepción– asumen más o menos voluntariamente su papel convencional. Esto último acarrió a Alcott, a pesar de su reputación progresista, algunas críticas procedentes del movimiento feminista.





Las «mujercitas» son, en un mundo de ficción, las hermanas de la autora, pues Louisa May Alcott introdujo con generosidad en su novela experiencias y vivencias familiares autobiográficas, aunque no todas lo son. Así, uno de los secretos de la autora no fue desvelado por las investigadoras hasta ochenta años después. Durante muchos años llevó una doble vida literaria y bajo seudónimo escribió historias truculentas y espeluznantes con criminales corrompidos, mujeres débiles, amoríos y pasiones. Con estos textos, Alcott afianzó la supervivencia de la familia, algo que su filosófico padre, a pesar de su elevada cultura y de sus múltiples actividades docentes, no había conseguido. Amos Bronson Alcott, pedagogo y reformador, creó junto con sus amigos Ralph Waldo Emerson, Henry David Thoreau y Nathaniel Hawthorne una especie de American Bloomsbury en Concord, en la costa oriental. La familia no solo se benefició en el plano material de este círculo de amigos, sino que las chicas, que crecían sin recibir una educación escolar formal, podían utilizar con plena libertad la biblioteca de Emerson. No obstante, a pesar de todos los apoyos, durante muchos años la vida de los Alcott no fue fácil y fueron las cuatro hijas de la familia quienes se mantuvieron a sí mismas y a sus padres trabajando como institutrices, costureras y maestras. Louisa, sin embargo, se sentía más atraída por la escritura e inició poco a poco su carrera con relatos cortos para revistas.

Durante la guerra civil se integró en la Army of Noble Women, como recoge su necrológica del *New York Times* en 1888, para cuidar a los heridos en un hospital. Allí contrajo el tifus, del que nunca se restablecería del todo. Publicó sus experiencias con médicos –no siempre competentes– y pacientes –por lo general dignos de lástima– en un librito rebotante de humor que vio la luz con su propio nombre. Con esta obra, Louisa May Alcott pretendía contribuir a saldar las ingentes deudas acumuladas por su padre, pero esta tarea era muy lenta. El editor, al darse cuenta de su talento literario, la animó a escribir un libro para chicas, lo que Alcott rechazó en un principio para acabar intentándolo después. Escribió la novela en diez meses, y el éxito y el entusiasmo del público fueron arrolladores.